

¿POR QUÉ

Mejoral

está especialmente
indicado contra la

GRIPE?



Mejoral está especialmente indicado para combatir los síntomas de la gripe porque en su moderna fórmula se combinan armoniosamente tres ingredientes muy eficaces: dos que tienen acción analgésica y termostática, es decir, que alivian el dolor y bajan la fiebre, y otro de acción estimulante, que levanta las fuerzas y entona el organismo.

Si usted está sintiendo los primeros síntomas de la gripe — estornudos, dolor

de cabeza, escalofríos, fiebre, cuerpo cortado y malestar general—, tómese inmediatamente dos tabletas de Mejoral con un poco de agua, repitiendo la dosis tres horas después. Y esta misma noche, al acostarse, tómese otras dos tabletas de Mejoral con una limonada caliente. Al día siguiente usted se sentirá muy mejorado gracias a Mejoral.

Por lo que pueda suceder, tenga siempre a mano algunas tabletas de Mejoral porque Mejor Mejora Mejoral.

Pero si usted sospecha que se trata de un caso grave de gripe, debe llamar al médico.

habló el soldado mirando hacia nosotros, para dirigirnos esta pregunta:

—¿Verdad que tengo cara de persona pacífica?

Fue impresionante el diálogo sostenido por Piloto, García y Alvear con el prisionero. Los milicianos le enumeraban con fechas y nombres los casos en que estuvo envuelto, y lo llamaron asesino, chivato, bandido y saqueador. La parte más fuerte la llevó Piloto al recordarle la quema de su casa en la finca "San Antonio", situada a kilómetro y cuarto de la carretera de Güines, y la palcadura dada por Soto a los amigos que le fueron a llevar comida cuando Piloto estaba huido o alzado después, en la loma del Grillo con un puñado de campesinos, perseguidos como él por los rurales.

Soto lo negaba todo, hasta que participara en el asesinato de Castellanos. Sobre ello manifestó:

—Cuatro compañeros: el cabo Cándido Quintana, el cabo Gregorio Ortega, el soldado Manuel Sosa León y yo, fuimos obligados por el capitán Prudencio Sosa Blanco

a sacar de su domicilio al campesino Castellanos y a conducirlo al Cuartel. Allí fue golpeado por el propio capitán para que dijera lo que sabía sobre la revolución.

—¿Y qué hicieron ustedes para evitar ese atropello? —inquirimos nosotros.

Respondió Soto:

—¿Qué íbamos a hacer! El capitán era tan malo que temíamos contradecirle para que no se volviera contra nosotros. Solamente observábamos lo que estaba haciendo.

—¿Castellanos dijo algo?

—No sé. Cuando lo sentí gritar me alejé del cuarto donde lo torturaban. Después volví y vi como el capitán, rojo de ira, se adelantaba sobre el prisionero y le asestaba un fuerte golpe con la culata de su carabina. Se la dejó como incrustada en la cara. Y siguió dándole.

—¿Y qué hacían ustedes por entonces?

Cínicamente, y con ademán humilde, el soldado Soto dijo:

—Mirar. Sólo mirar lo que el capitán hacía, hasta que él nos or-

denó preparar la máquina para llevarnos al guajiro...

—¿Estaba muerto?

—Yo no lo sé. Nunca puse mis manos sobre él. Sólo sé que el propio capitán metió el cuerpo de Castellanos en un saco, puso el saco en la maleta del automóvil y partimos hacia San José de las Lajas, los tres ayudantes, él y yo. El capitán ordenó al chofer tomar el camino que dobla del cementerio y detenerse en el lugar donde ustedes vieron el cadáver.

—¿Y ustedes no ayudaron al capitán ni tan siquiera a cargar el saco con el cadáver?

—Eso es. El capitán lo hizo todo. Nosotros permanecemos dentro del automóvil.

—¿Es cierto que quemaron el cuerpo de Castellanos antes de dejar su esqueleto abandonado en las malezas?

—Sí. También lo hizo el capitán. Nosotros ni tan siquiera le facilitamos el fósforo. La quema de sus ropas y su carne comenzó casi al borde del camino. Primero los pies y así otras partes del cuerpo.

hasta que el capitán considero que no podría ser identificado.

—¿Y qué combustible utilizó para quemarlo?

—No sé de fijo. Creo que algo de gasolina y algunos troncos. Aquello era tan espantoso que uno no tenía ganas de mirar mucho.

Volvimos a preguntar:

—¿Y ustedes, cuatro hombres fuertes y jóvenes, no pudieron detener al capitán en su salvaje tarea?

—¿Y quiénes éramos nosotros para hacer tal cosa? Sólo subalternos. Ahora todo parece fácil, pero si estuvieran allí en esos momentos no pensarían lo mismo. El capitán era una fiera, terrible. Lo único que pudimos hacer fue verlo bajar.

Las palabras de Soto hicieron explotar la cólera contenida de Ismael Piloto y Pablo García Alzola. Dijo el primero, casi morado por la indignación que sentía:

—Tú, el más temible asesino de la Guardia Rural, capaz de torturar jóvenes, de quemar hogares honrados que nada te hicieron y de insultar a mujeres indefensas, permaneciste tranquilo. Tú canalla, fuiste uno de los que más te ensañaste con ese pobre hombre porque lo sabías buen cubano y decente. No hace falta haber presenciado ese salvaje crimen, para que, conociéndote a ti, tu mala calaña de verdugo, casi asegurar que tu mano se ensañó ansiosa sobre el cuerpo de Castellanos.

Le vació García Alzola a toda voz:

—Claro que todo Güines, Madrugá y San José sabe que fuiste uno de los asesinos directos de Castellanos, junto con Sosa Blanco, el otro Sosa, Cándido Quintana y Ortega. ¿Cuándo se ha visto que el capitán eche mano a cinco ayudantes para que lo miren actuar?

Y volvía nuevamente Piloto:

—¿Y quién le rompió las piernas al honrado campesino, y quién le metió un clavo en la cabeza para que hablara. Solamente a un sangre de esbirro como tú se le hubiera ocurrido ese tipo de tortura. Conocemos tus procedimientos.

El rostro de Ismael Piloto González, inyectado en sangre por el esfuerzo realizado se fue acercando al rural Soto mientras gritaba:

—¿Y dices que no me conoces?

Mírame bien. ¿Tampoco recuerdas el día que fuiste a mi casa fingiendo la voz de un amigo para que te abriéramos la puerta. Allí me esperabas con una escopeta. Y cuando me perseguías sin tregua jurando que acabarías conmigo tan pronto me dieras alcance. ¿Qué ibas a pensar tú, mi eterno verdugo, ibas a estar aquí y que sería yo —el perseguido por tí quien te interrogara y hablara de este modo!

Y en tanto esta escena se desarrollaba en la sala de guardia del pabellón donde están los presos batistianos en la Ciudad Militar, Tacoronte tomaba fotos.

Soto de vez en cuando echaba la mano a su pecho de abundante pelambre canoso y revolviéndola repetidas veces, adoptaba una actitud de hombre pacífico, que le molestaban las conversaciones tan en alto y ofensivas a su persona. Le preguntamos:

—¿Si saliera bien de esto, qué haría en el futuro?

—Volver a Güines, si es posible al mismo puesto que tenía antes del primero de enero: número del Escuadrón 53 de la Guardia Rural de Güines, para seguir



Para los
labios
"pelados"
use y lleve
consigo



El Antiséptico CHAP STICK suaviza y alivia los labios "pelados" y adoloridos por exceso de frío, de sol, de fiebre o lastimados debido a causas externas.

No se derrite.
Puede llevarse en el bolsillo.

Distribuidores para Cuba

COMERCIAL JUCAJO, S. A.

CALLE TERCERA DEL 562 AL 564 TEL. FU-3714

¡VEDADO! - HAWANA



siRIENDO como siempre lo he hecho a la República.

Estas manifestaciones cayeron como un trueno amenazador en el ánimo de los milicianos presentes, pues los tres a un sólo impulso de voz comenzaron a decir con pasión revolucionaria:

—SI, ¡VETE A GUINES, PARA QUE EL PUEBLO TE LINCHE! ¡ASESINO! ¡DESCARADO! —y otras exclamaciones por el estilo.

La guardia—toda miliciiana—trató por centésima vez—de contener los impulsos juveniles de los acusadores y someterlos al silencio, dándole a Soto la oportunidad de recobrar su calma. Pálido y con la mirada implorante—como buscando al creyente que lo oyera—se dirigió a la reportera de esta manera:

—Le juro, señorita periodista, que nunca he matado a nadie. Hasta en cierto modo fui partidario del pensar de los revolucionarios recordando lo terriblemente malo que era el capitán Sosa Blanco con ellos. ¿Por qué no preguntan por los hermanos Freda? Ellos están vivos gracias a mi gestión; yo los conduje al puesto militar de San Nicolás porque el capitán quería destruirlos.

—¡MENTIRA, MENTIRA! —gritaron a coro los tres milicianos, provocando con ello que la entrevista concedida a BOHEMIA llegara a su punto final.

Antes que el rural Soto volviera a su celda nos dijo:

—No soy asesino, pregúntensele a los otros tres compañeros que iban conmigo cuando el capitán mató a Castellanos. Quiero mi libertad y que prendan al verdadero culpable de esos atropellos: el capitán Prudencio Sosa Blanco, para que pague por todo los atropellos que cometió.

Opinan los investigadores

Como el esqueleto del agricultor José Ramón Castellanos fue hallado en San José de las Lajas, correspondió a los miembros del Cuartel "Capitán Jiménez Alun", del Escuadrón 52 de la Guardia Rural de ese término municipal, bajo las órdenes del miembro del "26 de Julio", coronel Nivaldo Díaz, realizar las primeras investigaciones del caso.

Esa responsabilidad estuvo a cargo de los comisionados: Bernardo Hernández, Sergio Moscaró, Raúl Barroso y Ramiro Medina. Ellos dijeron a BOHEMIA que Soto, al igual que los demás que acompañaron al capitán Sosa Blanco, participaron directamente en la tortura y muerte del agricultor José Ramón Castellanos.

Su informe dice que el mencionado campesino fue muerto en el Cuartel de la Guardia Rural de Nueva Paz. También menciona a los cinco participantes declarados por Soto. Y agregó que por orientación del propio soldado Soto fueron a buscar el esqueleto en el lugar señalado por él, acompañado del teniente de la milicia, Ismael Piloto González y de cuatro números designados por el coronel Nivaldo Díaz y del segundo jefe Evelio Díaz, pertenecientes al Escuadrón 52 de la Guardia Rural.

El más expresivo de los investigadores, el barbero y ex-concejal de Madruga, Ramiro Medina, aprovechó la ocasión para acusar directamente al vocero marxista, Orlando Núñez Pérez, de haber tiroteado su barbería "La Ley", situada en la calle Céspedes 13, en esa localidad, el pasado 8 de enero de 1957.

Otro comisionado investigador, Bernardo Hernández García, miembro de la Junta de Gobierno de Madruga y milicia del Cuartel, acusó también al capitán Sosa Blanco de golpear a los primos hermanos Nicolás y Pedro Jiménez, vecinos del kilómetro 60 de Madruga, y de robarles 150 pesos en un saqueo efectuado en su finca "San Miguel", hace sólo unos meses.

Quiere tomar justicia por sus propias manos.

—¡Quiero que me entreguen a los asesinos de Joseito, para matarlos con mis propias manos!

—decía la viuda de Castellanos, señora Clara Josefa, Fundora Milán a los milicianos, familiares y amigos que la fueron a consolar en la casa de los Fundora—familia de ella—ubicada en la finca "Marruecos" de Madruga, donde estaba viviendo con sus tres niños, desde que se enteró de que el esqueleto de su esposo había sido encontrado en unos matorrales de San José de las Lajas.

La viuda de Castellanos clamaba justicia revolucionaria abrazando a sus dos niñas—Gisela de 10 años y Graciela de 8—y meciendo en sus piernas al menor José Ramón, de 6 años.

El rústico bohío de los Fundora hervía de gentío. Muchos habían conocido al muerto. Otros no. Pero todos ayudaban a que crecieran los lloros de la viuda con sus exclamaciones y lamentos. Los más se proclamaban "verdugos de los asesinos" en caso de que logran tenerlos cerca y... con un arma, naturalmente, para que no cometieran con ellos, una más.

Clara Josefa, con su dolor quemándole el alma, miraba hacia el cuadro de figuras tristes y amenazantes que tenía delante, llenándole el caserón guajiro de su familia, y como una automática decía, entre lágrimas, enjugadas con un pañuelo del muerto:

—Hasta me atrevería a quitarles los ojos—aunque nunca fuera capaz de matar a una mosca—si se me pusieran delante los torturadores de Joseito.

¡Si no es PHILLIPS,
no es
LECHE de MAGNESIA!



Al comprar este producto de fama mundial, recuerde que Leche de Magnesia sólo hay una: la de Phillips... y que si no es Phillips, no es Leche de Magnesia.



La Leche de Magnesia Phillips no tiene rival debido a su comprobada triple acción: Neutraliza la acidez estomacal, quita suavemente la pereza intestinal y desintoxica el aparato digestivo. Y es buena para toda la familia, desde el nietecito hasta la abuelita. Compre en su farmacia el tamaño grande que resulta muy económico.

LECHE DE MAGNESIA
PHILLIPS

Antiácida - Laxante - Desintoxicante



Tome TABLETAS MILMA después de las COMIDAS para evitar TRASTORNOS DIGESTIVOS



Si por ser muy aficionado a la buena mesa, usted sufre a veces de trastornos digestivos, ¿por qué no adopta la sana costumbre de tomarse dos o tres Tabletás Milma después de las comidas?

Las Tabletás Milma son antiácidas y digestivas porque están hechas a base de Leche de Magnesía Phillips. Y tienen un grato sabor a menta. Con las Tabletás Milma el alivio llega rápido, seguro, maravilloso.

Pida Tabletás Milma en su farmacia: la tira con 3 tabletas en celofán, que cuesta sólo cinco centavos, para llevar consigo, y el económico frasco familiar para tenerlo siempre en su hogar.

TABLETAS MILMA antiácidas y digestivas

La viuda fue a sentarse al comedor de la casa, para poder referir mejor la forma en que se llevaron a Castellanos de su casa de la finca "Emilia", de Madruga, casi en el límite con Aguacate.

Dijo que como a las once de la noche del 28 de diciembre se presentaron varios amarillos (refiriéndose a los rurales) con un amigo de la infancia de su esposo nombrado Juan Cruz, para llevarse a Castellanos, con el pretexto de que lo iban a conducir al Cuartel para comprobar —solamente— el número de serie de su escopeta.

Agregó, que Castellanos la tranquilizó diciéndole que en el grupo de rurales estaba su amigo Cruz y que éste, no iba a permitir que le hicieran daño.

—¿No conoció a alguien más del grupo, señora? —dijimos.

—No —contestó rápidamente—. Sólo sé que estaban vestidos del odiado uniforme amarillo y eso siempre me olió a tortura. Más tarde me informaron que formaban parte de ese grupo, el cabo Cándido Quintana y por supuesto, el capitán Prudencio Sosa Blanco.

Al oír mencionar el apellido Quintana, la cuñada de Castellanos nombrada Caridad Fundora Milián, llenó la habitación donde declaraba la viuda, con esta exclamación:

—¡Un momento!

La señora Caridad Fundora parecía que las palabras que iba a pronunciar la iban a ahogar, pues se le agolpaban como en un solo haz en la garganta hasta impedirle que salieran por orden.

Lo que manifestó después la cuñada del campesino asesinado se puede sintetizar así: el hermano del cabo Cándido Quintana, al tener conocimiento de que el crimen de Castellanos estaba descubierto y que el nombre de uno de los suyos estaba envuelto en ese infame hecho, se le acercó a la familia Fundora para dejarles caer esta amenaza: "Si le pasa algo mi hermano Cándido la pagarán todos ustedes, pues no quedará ni uno vivo."

Caridad gesticulaba mucho mientras gritaba a todo pulmón:

—¡Ya lo saben ustedes!

Y mientras la hermana de la viuda juraba que tenía deseos de

ver delante a los asesinos de su cuñado Joseito —el menor de sus cuñados— para ametrallarlos, las niñas del campesino asesinado, Gisela y Graciela, observaban aquel dramático cuadro de llanto, rostros tristes y amenazas, sin proferir palabra alguna. El menor José Ramón, que está paralítico, creía, con sus seis inocentes años que era tiempo de reír un poco, y así lo hizo cuando el lente de Tacoronte lo enfocaba.

En medio de aquel movimiento miramos para Gisela. La mayor de las niñas huérfanas parecía que estaba muda y sin ánimo de lucha. Sólo sus grandes ojos mostraban una profunda tristeza, más elocuente e impresionante que las lágrimas de su madre, las palabras de los presentes y de los gestos de las tías y tíos, indignados por la doble afrenta.

Un futuro incierto

José Ramón Castellanos y Clara Fundora llevaban once años y ocho meses de casados. De la tierra sacaba el hombre el sostén de su feliz hogar guajiro, y de su naciente

negocio de vaquería, pues ya contaba orgulloso con su vacada. Tanto en Madruga como en Güines y San José de las Lajas, Castellanos gozaba fama de campesino serio y honrado. Por eso—dijeron sus amigos íntimos—fue de los primeros opositores de los desmanes hechos por la Guardia Rural. Como una protesta a ellos se alistó a las tropas rebeldes tan pronto éstas se asomaron a las colinas habaneras de su pueblo. Según declararon sus amigos Bernardo Hernández García y Ramiro Medina, desde el pasado mes de abril pertenecía a los revolucionarios activos del "26 de Julio" y cuando lo asesinaron ostentaba el cargo de jefe de abastecimiento de la columna "Ángel Almeida" del "26 de Julio".

Su viuda repetía que ella no estaba bien enterada de las actividades revolucionarias de su esposo y que sólo sabía que era muy buen cubano y que jamás tuvo un enemigo. "Fue —agregó— un excelente padre y buen esposo.

Sobre lo que hará para llevar adelante a sus hijos, contesta la señora Fundora viuda de Castellanos:

—No lo sé; nunca he trabajado en la finca. Joseito corría con todo. Pienso que tendré que hacer algo y pronto, para mantener y educar a mis tres hijos. Tal vez sería mejor vivir en el pueblo, puesto que en el campo siempre tendría demasiado presente el momento en que los terribles amarillos lo fueron a buscar la noche del 28 de diciembre, para no volverlo a ver más. Aquella noche me pareció que las cosas fueran diferentes si viviéramos en el pueblo; nadie podría llevarse a mi Joseito, pues yo lo evitaría gritando para que alguien pudiera impedirlo; que sé yo. En el campo pueden suceder muchas cosas sin que podamos evitarlo, y yo con los niños solos tengo miedo.

Los muchachos del "26 de Julio", con Sergio Moscaró —de Güines— e Ismael Piloto, Pablo García, Armando Hernández González, Guillermo Alvear y la entusiasta miliciana Onilda Martínez al frente, levantaron su juvenil voz prometiendo ayudar a la viuda y sus hijos en todo lo que pudieran sus sanas fuerzas, aunque sólo fuera para infundirle ese ánimo que les adorna a ellos en fuentes llenas y le falta a ella.

Ellos la estaban estimulando con su presencia en el gigantesco entierro que los pueblos de Güines, Madruga y San José de las Lajas le tributaron al campesino José Ramón Castellanos y Martínez, y los que buscan a los otros verdugos que cometieron la tortura y el crimen para que sean presentados ante el Tribunal Revolucionario.

José Ramón fue asesinado por no delatar a sus compañeros y ellos le demostrarán con hechos que su muerte no ha sido en balde ni para ellos ni para los cubanos que desean una Cuba libre de los desmanes criminales cometidos por sus despreciables verdugos.

HABLA EL INGENIERO...

(Continuación)

mano Leonardo se mantuvo en el exilio. Carlos Reyes Gavilán, uno de mis primos, pasó su destierro en Miami. Por último, a Manolito Hevia lo quemaron y torturaron y, en fin, todos los míos padecieron los efectos desastrosos de una tiranía que servirá de ejemplo a las presentes y futuras generaciones para que en el futuro no vuelvan a surgir regímenes que manchen de oprobio e ignominia la dignidad ciudadana.